

La inteligencia ética: Alternativa para el logro de organizaciones educativas socialmente responsables

Esther González¹, María Marín² y Marié González³

¹Profesora Asociada de la Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Escuela de Trabajo Social. Jefa de la Cátedra Prácticas Profesionales. PPI N° 6652.

Magíster en Gerencia Educativa. E-mail: gesther2@cantv.net.

²Profesora Asociada de la Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Escuela de Trabajo Social. Magíster en Gerencia Educativa. E-mail: marelka@cantv.net.

³Profesora Titular de la Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Escuela de Trabajo Social. PPI N° 4639. Doctora en Ciencias de la Educación.

E-mail: tsmaril@cantv.net

Resumen

El presente artículo es producto de una investigación, en la cual se plantea realizar un contraste teórico, para determinar la importancia de la Inteligencia Ética como una alternativa para el logro de organizaciones educativas socialmente responsables. Se pretende con ello constituir una reflexión en torno a la Inteligencia Ética, enmarcada dentro de un contexto de incertidumbres, de cambios vertiginosos, en todos los órdenes, a las cuales no escapan las organizaciones educativas. En este sentido, la inteligencia como capacidad humana, es sin duda alguna uno de los elementos fundamentales que ha de redimensionarse ante las intensas transformaciones de la sociedad contemporánea. Como resultado de la investigación se considera que el principal capital que tiene el ser humano, para el “bien vivir”, es esa capacidad denominada inteligencia. Capacidad que debe ser considerada desde una perspectiva integradora, la cual se asume como Inteligencia Ética. Integradora de habilidades, capacidades, destrezas, y al mismo tiempo irradiadora de valores, y de principios. La importancia de la inteligencia ética, entendiéndola como ética para la vida, radica precisamente en que permite que la organización escolar redimensione su proyecto al convertirse en un medio para el desarrollo autónomo y crítico de los individuos.

Palabras clave: Inteligencia ética, educación, posmodernidad, pensamiento complejo.

The Ethical Intelligence: Alternative for the Achievement of Socially Responsible Educational Organizations

Abstract

The present article is the product of an investigation, in which it was planned to carry out a theoretical contrast, to determine the importance of the Ethical Intelligence as an alternative for the achievement of socially responsible educational organizations. It is intended with it to constitute a reflection around the Ethical Intelligence, framed inside a context of uncertainties, of rapid changes, in all the orders, from which the educational organizations do not escape. In this sense, the intelligence as human capacity is without any doubt one of the fundamental elements that should be re-dimensioned before the intense transformations of the contemporary society. As a result of the investigation it is considered that the main capital that has the human being, for the "well to live", is that capacity called intelligence. Capacity that should be considered from an integrative perspective, which is assumed as Ethical Intelligence. Integrator of abilities, capacities, dexterities, and at the same time a radiator of values, and of principles. The importance of the ethical intelligence, understanding it as ethics for the life, exactly locates in which permits that the school organization re-dimension its project, becoming a media for the autonomous development and critic of the individuals.

Key words: Ethical intelligence, education, post modernity, complex thought.

Introducción

En la sociedad contemporánea la ética se ha convertido en un tema de discusión frecuente. Desde ella se abordan una cantidad de temas cruciales, como el avance de la ciencia y la tecnología, los cambios acerca del significado de libertad y de justicia en el mundo globalizado, los problemas de bioética, de derechos humanos, de educación en valores, la ecología entre otros.; constituyéndose así en una época caracterizada por un amplio panorama de reflexiones éticas.

Lo que se plantea a continuación, pretende constituir una reflexión en torno a la inteligencia ética, enmarcada dentro de un contexto de incertidumbres, de cambios vertiginosos, en todos los órdenes, a las cuales no escapan las organizaciones educativas.

Ante tan importantes transformaciones, las preguntas por el sentido de la vida y la vida misma recobran renovada importancia, se presume que las organizaciones educativas socialmente responsables, deben posibilitar el reen-

encuentro del sentido que la vida requiere, que faciliten el encuentro de alternativas humanistas y sostenibles ante las situaciones complicadas, multicausales, y con múltiples dimensiones interrelacionadas que envuelven a la sociedad actual.

En tal sentido, las organizaciones educativas ocupan un lugar fundamental en ese proceso de intensas transformaciones, pero para ello deben incorporar nuevos conceptos, nuevas visiones, nuevos descubrimientos y nuevas reflexiones que se opongan al pensamiento simplificador y reduccionista.

De acuerdo a esto, la inteligencia como capacidad humana, es sin duda alguna uno de los elementos que ha de redimensionarse. Bajo esa perspectiva, este artículo se elaboró como parte de una investigación documental, utilizando como técnica el análisis de contenido, lo cual permitió efectuar un contraste teórico cuyo objetivo fue determinar la importancia de la inteligencia ética, para el logro de organizaciones educativas socialmente responsables.

Postmodernidad y Pensamiento Complejo

La temática relacionada con la ética y en especial la inteligencia ética, adquieren vital importancia bajo el contexto de incertidumbre que caracteriza la posmodernidad; al igual que los aportes que el pensamiento complejo propone para enfrentarla.

En tal sentido se requiere entender la posmodernidad, contrastándola con la modernidad. El pensamiento de la modernidad se opuso a la creencia en lo sobrenatural, en lo divino, para enrumbar al ser humano a la objetividad en la búsqueda del conocimiento al cual sólo puede acceder cuando se anula, abriendo espacios a la disciplina, a la observación y la rigidez del método científico.

Sin embargo, al precisar sobre la modernidad como etapa histórica, desde la ética, se observa que concibió grandes revoluciones para instaurar sociedades justas, guiadas por valores universales como la libertad, igualdad y fraternidad, pero, cerró dejando un vacío de sentido de logro y en su lugar aparece la desesperanza y la incertidumbre como constantes en la sociedad.

Como parte del desarrollo social, se generan nuevas realidades y nuevas formas de pensamiento que las interpretan y las explican. De esta manera, a finales del siglo XX se encuentran acontecimientos sociales que para algunos autores son “nuevas revoluciones” en el orden civilizatorio. Se refieren a eventos que definen y que caracterizan la postmodernidad.

En tal sentido Kuhn, citado por Hurtado y Toro (1998), señala que la postmodernidad se caracteriza por la instalación de la cultura social post, estructurada en siete dimensiones: constelación post euro céntrica, sociedad mundial post colonialista y post imperialista, sociedad post capitalista y post socialista, sociedad de servicios y comunicaciones, sistema familiar post patriarcal, cultura post ideológica, y por último por una religión post-confesional.

De acuerdo con Mires (1996), la postmodernidad se presenta como una revolución multidimensional, se trata de la “revolución que nadie soñó” y que se expresa en cinco dimensiones: revolución microelectrónica, la cual simboliza el contexto cultural de este tiempo; la revolución feminista como oposición al patriarcado característico de la modernidad; la revolución ecológica como el camino que permite resolver la disfuncionalidad vital de la civilización; la revolución política caracterizada por las crisis políticas generalizadas y la revolución paradigmática.

Se observa que a partir de que el propio término de la modernidad es cuestionado, empieza a acuñarse el de la

posmodernidad como una crítica a la racionalidad y al progreso modernista.

Al respecto, Touraine (1995) señala que lo que define a la posición posmoderna es la disociación completa de la racionalidad instrumental hecha estrategia (empresas de tipo liberal) en mercados móviles por un lado y por el otro las comunidades encerradas en su diferencia. La separación casi total del sistema y sus actores. Para él, la posmodernidad disocia lo que la modernidad había asociado, es decir el progreso y la cultura.

Por su parte López, citado por Hurtado y Toro (1998) centra su análisis en los cambios que se dan en las estructuras piramidales de la modernidad, considera que en la postmodernidad las organizaciones se presentan con nuevas características, es decir son organizaciones aplanadas, con nuevas coordenadas de tiempo y espacio, surge una ética comunicativa o dialógica, cambia la racionalidad instrumental por la dialógica, el sujeto pasa a ser deliberante, se desarrolla el discurso metafísico, cualitativo o subjetivo de lo real, y surge una crisis antropológica, es decir se habla de una nueva concepción del sujeto que obliga a asociar nociones antagónicas como la exclusión y la inclusión.

Para lograr relacionar estos antagonismos es necesario superar el pensamiento unilateral, reduccionista, compartimentado y disciplinario, y para ello se requiere un pensamiento complejo.

¿Es necesario el pensamiento complejo?

Cuando se habla del pensamiento complejo, la referencia obligada es Morín (1988) quien, basado en la teoría de la información y de los sistemas, la cibernética y en los procesos de autoorganización biológica, construye un método que intenta estar a la altura del desafío de la complejidad. Según él estamos en la prehistoria del espíritu humano y sólo el pensamiento complejo permitirá civilizar el conocimiento. Hay tres principios sobre los cuales se construye lo que podría ser el paradigma de la complejidad: el principio de recursividad organizacional, el principio dialógico y el principio hologramático.

A primera vista, la complejidad es un tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple. Al mirar con más atención, la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen el mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desor-

den, la ambigüedad, la incertidumbre. De allí que en modernidad surja la necesidad, para el conocimiento, de poner orden en los fenómenos, rechazando el desorden, de descartar lo incierto, es decir, de seleccionar los elementos de orden y de certidumbre, de quitar ambigüedad, clarificar, distinguir, jerarquizar.

Para Morín (ob.cit.) en referencia al pensamiento que se ha inculcado, responde a principios de reducción, disyunción y abstracción. Se alcanza una inteligencia ciega que aísla los objetos, los sustrae a su entorno, desintegra los conjuntos, sistemas y totalidades. Mientras que el pensamiento complejo comporta en sí el principio de las solidaridades e implicaciones mutuas entre objetos separados y aislados arbitrariamente. Apela a que las partes y el todo, el todo y las partes se remitan mutuamente.

Bajo este orden de ideas, se vive en una época de profundos cambios que se manifiestan en todos los niveles y la vigencia de las ciencias se hace cada vez más reducida, cabe preguntarse ¿qué están haciendo las instituciones educativas para responder a estos cambios? ¿es preciso asumir el planteamiento del pensamiento complejo como el método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana?

La incertidumbre no es la receta para conocer lo inesperado, el pensamiento complejo no resuelve en sí mismo los problemas pero constituye una ayuda para la estrategia que puede resolverlo. La escuela no enseña a deliberar, sin embargo, la complejidad creciente del mundo exige aumentar la confrontación de puntos de vista para enriquecer más eficazmente la comprensión de los contextos y los proyectos. La Posmodernidad le está pidiendo a gritos a las instituciones educativas el considerar todos aquellos tópicos que han estado erradicados y vetados en las lógicas de la Modernidad. Por eso está reclamando el desarrollo de la creatividad, de la invención y de la originalidad en el educando.

El pensamiento complejo lleva a ver a la escuela y al hecho educativo como un esfuerzo inter o transdisciplinario, dentro del entramado cultural de la sociedad de hoy, de igual manera facilita la apertura a la diversidad y el aprender a convivir con la incertidumbre. En esta línea de análisis Morín (2000:42).

“Los desarrollos propios a nuestra era planetaria nos enfrentan cada vez más y de manera cada vez más ineluctable a los desafíos de la complejidad. En consecuencia, la educación debe promover una <inteligencia general> apta para referirse, de manera multidimensional a lo complejo, al contexto en una concepción global”.

Es decir, esto implica que desde la educación debe favorecerse la aptitud natural de la mente, la inteligencia general de los individuos para enfrentar la complejidad.

La inteligencia ética ¿alternativa posible?

Las organizaciones educativas viven alejadas del acontecer cotidiano de los individuos que en ella interactúan. Entre la vida al interior de la escuela y la vida que se desarrolla fuera de ella, existe un gran distanciamiento. Se hace referencia no sólo a los requerimientos del aparato productivo y las capacidades que los alumnos adquieren durante la vida escolar, para darle respuesta a esas demandas, sino a que la vida social se mueve a un ritmo vertiginoso que las organizaciones educativas no logran a veces ni visualizar porque ha forjado estructuras que no permiten verlo, viven, al parecer, en otro tiempo, con otras necesidades y otras aspiraciones.

Esa escuela enmarcada en el contexto de la globalización presenta una profunda tendencia al pensamiento único, y a la transmisión de saberes parcelados; el enfrentar esta situación en forma creativa será una tarea de largo alcance, que requiere otro modo de pensamiento, otra manera de pensar el mundo. En el caso específico de las organizaciones educativas, en donde se desarrollan los aprendizajes, esto adquiere un valor fundamental.

La escuela tiene como desafío dirigir los cambios que han de suscitarse en la construcción de esa nueva manera de pensar, de direccionar el rumbo que ha de seguir la inteligencia humana en la consecución de una sociedad justa, solidaria y equitativa.

A decir de Morín (2000), la educación del futuro deberá ser una enseñanza primera y universal centrada en la condición humana. Los humanos deben reconocerse en su humanidad común y, al mismo tiempo, reconocer la diversidad cultural inherente a todo cuanto es humano.

En tal sentido, ante estos planteamientos, se considera que es un proceso de construcción de eticidad lo que se ha de desarrollar en las instituciones educativas. Por ello es preciso poder determinar la importancia que tiene la inteligencia ética, como alternativa para lograr que las escuelas sean instituciones socialmente responsables en la formación que se requiere para afrontar los cambios de la sociedad.

Inteligencia Ética: perspectiva integradora

Se asume que la inteligencia ética es la alternativa, por cuanto es integradora y relacional. Puede considerarse la

integración de la inteligencia interpersonal y la intrapersonal, a las que se suma un componente valorativo, se trata de una inteligencia que acompaña la vida y por lo tanto, sus perspectivas son infinitas.

Aunque el desarrollo de la inteligencia humana se remonta unos cincuenta mil años, es en el siglo XX donde se caracterizó por el predominio de lo racional, es decir, desde principios de siglo la inteligencia sólo podía definirse por el coeficiente intelectual. El reduccionismo a la sola capacidad lógico- matemática y lingüística era todo lo referente de ésta en el ser humano.

Para finales de siglo, en los ámbitos intelectuales emergen nuevas perspectivas que se oponen a tal reduccionismo. Surgen enfoques como los de Gardner (1943), quien plantea su teoría de las inteligencias múltiples. Además, considera que no existe una inteligencia única en el ser humano, sino una diversidad de inteligencias que marcan las potencialidades y acentos significativos de cada individuo. Define la inteligencia como una capacidad, cuando anteriormente era considerada algo con lo cual se nacía o no, y ni aún la educación podía cambiar esta situación. Al considerar la inteligencia una capacidad, se convierte en una destreza que se puede desarrollar, de una u otra manera.

Gardner, citado por Bratto (1999) ha logrado desmontar esa forma de “pensamiento único” que privilegia indebidamente a las inteligencias verbal y lógica en el proceso educativo. El objetivo fundamental que persigue Gardner en la educación es ayudar a comprender, a entender mejor; en este sentido ha desarrollado un programa educativo para enseñar a comprender qué es la verdad, la belleza y el bien. En estos elementos se encuentra el sentido ético de los planteamientos, para él la educación del ser humano es un proceso complejo que se basa fundamentalmente en decisiones sobre objetivos y valores.

El autor señala, que es preciso aceptar la realidad, ello implica que se puede ser inteligente sin ser moral, creativo pero no ético, sensible a las emociones y no usar esta sensibilidad al servicio de los demás., lo cual puede interpretarse como no ejercer la ética de la responsabilidad social. De igual manera, se debe aceptar que se puede reconocer la verdad pero mantenerse ciego frente a la belleza y la bondad.

Es importante destacar que cuando Gardner define la inteligencia como la capacidad de resolver problemas o elaborar productos que sean valiosos en una o más culturas, de alguna manera se remite a la ética intercultural la cual plantea la aceptación de la diversidad, la comprensión del otro, del diferente, así como la admisión de seme-

janzas y la necesaria postura dilógica que facilite la construcción de un mundo solidario.

En tal sentido, a decir de Bilbeny (2004 a), hay algunas actitudes que pueden favorecer una educación desde la perspectiva intercultural, se trata de un nuevo cognitivismo ya no intelectualista, sino integrador es decir el de una inteligencia racional y emocional, por cuanto hay realidades psicoculturales de la ética que no existirían sin esta integración, como lo son los motivos, intereses, intenciones y las creencias, entre otros.

Por otra parte, la teoría de las inteligencias múltiples en la educación contemporánea no puede desligarse de la ética por cuanto surgen cuestionamientos como: ¿un proceso educativo que se centre en el desarrollo de una inteligencia única será lo más adecuado para vivir y enfrentar los retos de una sociedad cada vez más compleja?

Al respecto, se ha visto, como al confrontar diferentes posturas teóricas, se observan los cambios de visión acerca de la inteligencia y de cómo ésta, para ser realmente tal, no debe obviar las emociones y los elementos axiológicos del ser humano.

Autores como Cortina (1999), señalan como en el inusitado afán por el saber productivo del mundo, es importante recordar que el contacto con la realidad que tiene cualquier ser humano, es el afectivo; por ello insiste en la educación del deseo, afirmando que se obtienen las noticias de la realidad a través de una inteligencia emocional, de manera que se percibe esa realidad interpretándola desde los sentimientos.

La filósofa considera que el “analfabetismo emocional” es una fuente de conductas agresivas, antisociales y antipersonales, que se multiplican en los distintos países, desde la escuela y la familia al fútbol, la delincuencia común, la destrucción graciosa o el terrorismo. Por ello estima que es urgente recuperar esa educación que es, no sólo la de las habilidades técnicas, sino también las habilidades sociales. Sin embargo, el mundo de hoy construye entramado cultural que gratifica el cultivo de las habilidades técnicas y sociales, el saber hacer y el dominio de los recursos humanos. Salir de esa situación es una de las tareas del siglo XXI.

También bajo otra perspectiva, Goleman (1996) trae sus planteamientos sobre la Inteligencia Emocional, la cual define como la capacidad para reconocer los sentimientos y los de los otros, de motivarlos y de manejar bien las emociones. El autor hace referencia a ésta, como la forma de interactuar con el mundo, que tiene muy en cuenta los sentimientos, englobando habilidades como el control

de los impulsos, la autoconciencia, la motivación, el entusiasmo, la perseverancia, la agilidad mental, así también rasgos del carácter como la autodisciplina, la compasión o el altruismo.

Por otra parte, Goleman (1998) demuestra la importancia de adaptarse a las condiciones a las cuales tienen que enfrentarse las empresas contemporáneas, y cómo el complejo mundo de hoy va a depender cada vez más de la inteligencia emocional. Al llevarla al plano de la acción empresarial señala la importancia de ser hábil en saber gestionar las emociones y los sentimientos al trabajar con otros.

El manejo de las emociones, no es sólo inquietud de la sociedad contemporánea, al remontarse a los planteamientos de los clásicos, en este caso al de Aristóteles (2004), quien destacaba la importancia del dominio de las emociones “todo el mundo es capaz de enfadarse, eso es fácil. Pero enfadarse con la persona adecuada, en el grado justo, en el momento adecuado, por la razón justa y de la manera adecuada, eso ya no es tan fácil”.

Ahora bien, en el planteamiento central de Goleman (ob.cit.) no aparecen consideraciones de tipo ético, sin embargo, su propuesta lleva implícito el sentido ético de la vida, se trata de “vivirse bien” o “vivirse mal”, lo cual desde la perspectiva Aristotélica implica una relación estrecha entre vivir bien, obrar bien y ser feliz. En los planteamientos se considera que hay conductas, situaciones y formas de vida que deben evitarse, mientras que hay otras que se deben facilitar que se cumplan. Muestra el rol de la afectividad en la realización de la vida; también la posibilidad de conducirla adecuadamente a través de la educación, responsabilizando a los padres y a la escuela de tal cometido.

Sin embargo, no basta educar emocionalmente, hace falta conocer el sentido y el fin de la vida. Al respecto Marina (2001), en su teoría de la inteligencia, considera que “la función de la inteligencia no es sólo conocer, sino dirigir el comportamiento. Incluye, pues, los sentimientos y los mecanismos de autocontrol de la conducta. Su culminación no es la ciencia, ni el arte, sino la ética.

Para el referido autor, la inteligencia tiene como meta la felicidad. En esto es preciso recordar que para la doctrina Aristotélica el fin de la ética y de la política son idénticos: la felicidad, que como “bien autosuficiente” no es un bien más entre otros, ni componente de algún estado de cosas. La felicidad es la suprema justificación de la vida del hombre.

El tema de las emociones y de la afectividad, asociados a la inteligencia y a la ética, ha despertado el interés de

otros autores como Maturana (2004) para quien la conducta inteligente necesariamente es afectada por las emociones, y éstas a su vez, son conductas que se desarrollan en relación, en tal sentido cuando se coordinan las emociones se coordinan las conductas relacionales.

Sobre esto Maturana (ob.cit.) señala que la sociedad actual está ante la posibilidad de dirigirse a lo que ha denominado la era de la honestidad y de la colaboración, por lo cual estima que la conducta inteligente ocurre en la participación, en la cooperación, por ello requiere de la consensualidad. Además, destaca que entre las emociones, es el amor el que amplía la conducta inteligente, por que permite aceptar al otro como otro, aceptando su legitimidad.

Ahora bien, si lo social no es nada diferente a el mutuo inter-relacionarse y se es en gran medida lo que esta interrelación produce, se debe tener claro que el principal valor, la condición fundamental de la existencia como seres humanos es el reconocimiento. Sin él nadie puede ser alguien en la sociedad. Es la aceptación del otro como el otro legítimo.

Se ha dicho que el ser humano se funda biológicamente sobre el amor, en tanto que: el encuentro y reconocimiento legítimo de otro en su medio, es entonces aquí donde se fundamenta la ética, es decir ir construyendo relaciones, justas, de respeto, de reconocimiento en el encuentro con el otro. Valorando social y biológicamente al otro.

En el plano educativo, esto reviste fundamental importancia, ya que las instituciones educativas constituyen el complemento de la familia en el proceso de socialización de los individuos. Se trata de los lugares donde el alumno comparte con otras personas ajenas a su entorno familiar. En este sentido Maturana (ob.cit: 2) plantea:

“La educación debe consistir fundamentalmente en un espacio de convivencia, en el cual alumnos y profesores conformen un lugar de, acogida, y respeto mutuo. Allí se formaran niños capaces de tomar decisiones de sí mismos, capaces de respetarse y respetar a los demás. Como consecuencia tendremos ciudadanos democráticos, serios y responsables”.

Cuando se hace referencia a la ciudadanía responsable, se advierte que entre formación ética y formación ciudadana hay una fuerte implicación., puede afirmarse que formar personas es formar ciudadanos, y desde la educación debe asumirse como una responsabilidad.

Por otra parte, en la sociedad global es imperativo que el concepto de identidad se vuelva más flexible, ya que hoy se habla de las identidades que son multilingüísticas y transterritoriales., por lo cual, análogamente cambia la

noción de ciudadanía que ya no se hace fuerte en el respeto por la igualdad, sino que encuentra su principal tarea en reivindicar el derecho a la diferencia, y a la aceptación del otro, lo cual se traduce en equidad social. De acuerdo con Guedez (2002:2):

“La equidad social, por su parte sugiere actitudes asociadas con los valores de inclusión, responsabilidad social, reciprocidad y justicia. La inclusión es la capacidad de la sociedad para abarcar, incorporar y dignificar todas las personas que conviven en ella. La responsabilidad social es el ejercicio de la autonomía personal a favor de los otros”.

Al respecto, Schvarstein (2002) considera que la inteligencia social es el factor que posibilita el cumplimiento de la responsabilidad social de las organizaciones. Se trata de revalorizar el concepto en el contexto del nuevo milenio, en el cual tres fenómenos convergen: el distanciamiento cada vez más creciente entre los países desarrollados y de los que están en vías de desarrollo; la brecha que se suscita en las organizaciones entre quienes más ganan y quienes reciben menos compensación por el trabajo, y la cada vez mayor problemática de exclusión de los sectores de la población que no tienen acceso al empleo, a la educación, a la salud, a la justicia, a la cultura.

Simultáneamente a esta situación, la retracción del Estado hacia las políticas sociales conduce a que, gran parte de la responsabilidad por la relación entre incluidos y excluidos corresponda a las organizaciones. De acuerdo a esto, propone considerar la inteligencia social como la competencia asociada a la posibilidad de cumplimiento de tal responsabilidad.

La inteligencia social hace referencia a la capacidad de relacionarse con otros, bajo esta premisa, si los otros están bajo condiciones de carencia y exclusión, una acción socialmente inteligente no puede desatenderse de esto. “Ser socialmente inteligente implica tomar conciencia de la propia situación social y de la situación social de los otros, implica tener capacidad para emprender acciones solidarias tendientes al establecimiento de relaciones sociales equitativas” Schvarstein (2002: 3).

La inteligencia social o interpersonal se refiere a la destreza para identificar y establecer distinciones entre los diferentes estados de ánimo, diferentes temperamentos, motivaciones, intenciones de las personas con quienes se interactúa. Implica el respeto y la aceptación a la individualidad de los demás para integrarse en comunidad a pesar de las diferencias y poder hacer los ajustes internos respetando las emociones de los otros.

Llevando estos planteamientos a las organizaciones, cabe preguntarse ¿es posible que las estructuras organizativas, generen el potencial necesario para desarrollar esa capacidad? Ese potencial caracteriza a las organizaciones socialmente inteligentes, tornándolas capaces de desarrollar los principios y las estrategias básicas, y de implementar las agendas de gestión que faciliten la satisfacción de las necesidades sociales básicas de sus integrantes y las de los miembros del entorno. Estos tipos de organizaciones socialmente inteligentes no sólo son sensibles a las inequidades de sus contextos, sino que operan sobre ellas para combatirlas.

Fortalecer el capital ético de las organizaciones: Condición ineludible

Conviene entender el capital ético desde la confluencia de los elementos que la constituyen (entre ellos la inteligencia ética) atendiendo a una perspectiva integral, se encuentra una condición ineludible: es necesario fortalecerlo dentro de las organizaciones, en especial las educativas.

De acuerdo a lo planteado por Duplá (2004:130):

“Las escuelas son empresas cuyo capital social más importante son las inteligencias y las voluntades de los hombres y mujeres que trabajan en ellas, aunadas a un fin común, explícitamente expresado y aceptado con entusiasmo por todos. No basta decir que ese fin es educar y que todos los que trabajan en ella lo saben y lo aceptan. Debe concretarse más, de acuerdo al nivel educativo, a los alumnos que estudian allí y sus familias, a los profesores y personal con que se cuenta”.

Es decir, que el factor humano es el centro de la organización, se da importancia a la participación y el compromiso de los implicados en el hecho educativo.

Cuando Etkin (2002) habla del potencial ético de las organizaciones estima necesario analizar los principios morales y valores sociales sobre los cuales se establecen los propósitos, el diseño y la gestión de las organizaciones; ya que toda organización que se estime viable, tiene como punto de partida los valores compartidos, entre los cuales destaca la libertad, justicia, equidad, transparencia, solidaridad, honestidad, igualdad de oportunidades y dignidad de trabajo.

En su propuesta, se trata de identificar las realidades que ayudan o limitan estos valores en la organización. Cuando en una organización se enfatiza en la funcionalidad de las decisiones, se deja a un lado las razones morales

que deben sostenerlas, olvidándose de las condiciones humanas, del bienestar y las necesidades sociales. En tal sentido, no son éticas las decisiones que, aún siendo efectivas o exitosas, generan exclusión o diferencias injustas.

Cuando se habla de formas de gestión, la ética se relaciona con los procesos democráticos y equitativos de toma de decisiones. Las organizaciones éticas son reflexivas, toman conciencia de los problemas de su propio funcionamiento, sus contradicciones y enemigos internos.

La acción basada en principios éticos no es sólo la voluntad de actuar en forma correcta, implica un código compartido, métodos de decisión, criterios de selección y capacitación del personal, formas abiertas de comunicación, una cultura democrática y políticas que reflejen el compromiso social de la organización con su contexto.

En el plano educativo, gestionar de forma ética la escuela es educar plenamente desde la organización, de allí la importancia de la reflexión ética en la acción directiva y en la organización de la escuela. La educación de los valores no se imparte únicamente a través del aula sino en la escuela como organización.

En la organización ética, justa y equitativa, los criterios de eficiencia y eficacia operan en el marco de lo socialmente deseable. Y ello no configura una debilidad ni una ambigüedad, sino una toma de posición, una fortaleza y un marco de referencia conocido frente al cambio y la incertidumbre del medio ambiente. Cortina (2004) señala que la empresa ética beneficia intangiblemente a la sociedad porque produce una ciudadanía decente»

La fortaleza de la organización y la conducción ética se basa en factores concretos, no sólo en sus intenciones. El carácter ético y la responsabilidad social no es discurso. Es un rasgo, es parte de la identidad, una capacidad interna que cohesionada y moviliza.

Siguiendo el orden de las ideas, Sen (2004) presenta las diferencias entre lo que concibe como capacidad humana, entendida como la habilidad para llevar el tipo de vida que el ser humano considera valioso, y el de capital humano concebido en forma más restringida, es decir, las cualidades humanas en relación con el crecimiento económico, éste último se concentra en el carácter de agentes de los seres humanos, que por medio de sus habilidades, conocimientos y esfuerzos aumentan las posibilidades de producción.

El concepto de capacidad humana da énfasis a la expansión de la libertad humana, abriéndose paso desde lo ético, es una visión amplia que concibe el desarrollo social

como la expansión de la capacidad humana para llevar una vida más libre y más digna., posibilitando la decisión, en estricto sentido la libertad de decidir lo que quiere y como quiere llevar su vida. Las dos perspectivas, aún siendo diferentes, están íntimamente relacionadas. Desde este contexto Sen (2004:2) expresa lo siguiente:

“Si una persona llega a ser más productiva en la producción mediante una mejor educación, una mejor salud, etcétera, no es absurdo esperar que también pueda dirigir mejor su vida y tener más libertad para hacerlo. Ambas perspectivas ponen a la humanidad en el centro de la atención”.

Es decir, sus planteamientos se dirigen a considerar a los seres humanos desde una perspectiva más amplia que la de capital humano, la capacidad no es sólo un instrumento de la producción económica, sino también del desarrollo social.

En la misma dirección, Cortina (2004) aporta un interesante planteamiento con respecto al capital ético, al considerarlo como los valores morales que un pueblo comparte, en los que confía y desde donde quiere construir su vida. Alude a la identidad moral de un pueblo, entendiéndola como aquella que señala que valores suelen elegir y que valores se suelen rechazar.

Esto es fundamental considerarlo en la educación del hombre y del ciudadano ya que en su formación se debe tener en cuenta su dimensión comunitaria, su proyecto personal y también su capacidad de universalización, la cual debe ser dialógicamente ejercida. “Los individuos racionales no están cerrados sobre sí mismos, sino que cada persona es un lugar de encuentro de su peculiar idiosincrasia y de la universalidad; es un nudo de articulación entre subjetividad e intersubjetividad” (Cortina 1995).

Quien asume una actitud dialógica demuestra respeto hacia la autonomía de las demás personas y de la suya propia, atiende los derechos e intereses de todos desde la solidaridad, sabiendo que es hombre y que nada de lo humano puede resultarle ajeno. Según su opinión, el poder cívico ha de generar solidaridad y ha de respetar la autonomía de sus miembros intentado potenciarla, en una relación horizontal entre iguales y no de obediencia ciega. Es aquí, en el civismo entendido de esta forma, donde cree que se genera el capital social y ético.

Llevándolo al plano de la educación, se trata de lograr valores compartidos, lo cual significa que se forma un ciudadano capaz de saberse responsable de la realidad, sobre todo de la realidad social, aquel que tiene la capacidad de

tomar a cualquier persona como un fin, y no simplemente como un medio, (en el sentido Kantiano) como un interlocutor con quien construir el mejor mundo posible. Esto desde la opinión de Bilbeny (2004 b) implica que, aunque existen múltiples culturas en el mundo, desde el punto de vista ético sólo existen dos culturas “Nosotros” o cultura del grupo dentro y “Ellos”, la cultura del grupo fuera, aunque quizás realmente sólo hay una cultura, la “nuestra” y la manera como se reflexiona sobre ella, especialmente cuando los otros se hacen presentes.

Reflexiones Provisorias

En el contexto de la sociedad contemporánea, la incertidumbre, la desaparición de los grandes proyectos comunes (ideologías de la emancipación, utopías), han dejado un vacío que a menudo es llenado por el pesimismo o el desinterés, y conducen al hombre hacia un proceso de creciente aislamiento, y de exclusión.

Ante esto, las organizaciones educativas, espacios que las revoluciones del siglo XIX generaron para integrar a los ciudadanos a la sociedad, manifiestan una contradicción, en el sentido de que deben tratar de integrar lo que la sociedad quiere excluir, y al mismo tiempo construir una cultura escolar fundamentada en valores, una cultura caracterizada por la solidaridad, la convivencia, y el respeto al otro. Cultura que se enfrenta a una realidad social caracterizada por valores opuestos.

Atendiendo a los planteamientos Kantianos, la escuela debe educar para la vida, actuando como forjadora de actitudes, valores y habilidades sociales que posibiliten la enseñanza para la vida. En tal sentido, desde esta óptica, el proceso educativo debe considerar un medio para el desarrollo autónomo y crítico de las personas y cambiar la manera de pensar la vida. Esto implica un desarrollo que cuestione la visión parcelada y unilateral del mundo, los valores culturales desarrollados en el entorno y los modos de sentir, y de actuar que nacen de ello.

Se precisa un nuevo modo de enfrentar la realidad social, de enfrentar la incertidumbre, que requiere el desarrollo de un conjunto de actuaciones “inteligentes.” Dichas actuaciones llevan a considerar que el principal capital que tiene el ser humano, para el “bien vivir”, es esa capacidad denominada inteligencia. Capacidad que debe ser considerada desde una perspectiva integradora, la cual es asumida como inteligencia ética. Integradora de habilidades, capacidades, destrezas, y al mismo tiempo irradiadora de valores, y de principios.

La importancia de la inteligencia ética, entendiéndola como ética para la vida, radica precisamente en que permite que la organización escolar redimensione su proyecto. Es al mismo tiempo una ética de la corresponsabilidad, en tanto que apuesta por una visión prospectiva para la sociedad contemporánea y simultáneamente es una perspectiva aplicable para las instituciones sociales concretas como lo es la escuela, que requiere de una plataforma en la que se reconozcan a todos sus actores, se respete sus diferencias, se pondere y genere la participación, se desarrollen procedimientos y mecanismos de inclusión.

Por eso se habla de un proceso de construcción de eticidad dentro de las instituciones educativas, se trata de una construcción personal y colectiva a través de una concepción dinámica y transformadora de la ética y la cultura.

Referencias Bibliográficas

- ARISTÓTELES (2004). **Ética a Nicomaco**. Traductor: José Calvo Martínez. Colección Biblioteca Temática. EDC. Nº 1. Madrid. España.
- BILBENY, Norbert (2004a). **Educación Intercultural**. Entrevista en Mundos dialogados. En: <http://personal.telefonica.terra.es> (Con acceso el 12-12-04)
- BILBENY, Norbert (2004b). **En busca de una ética intercultural**. En: www.pcb.ub.es/eticaintercultural/esp/articles.htm (Con acceso 8-06-04)
- BRATTO, Antonio (1999). **Una mente disciplinada**. En: <http://www.byd.com.ar/verdad.htm>. (Con acceso 08-12-04)
- CORTINA, Adela (1995). **La educación del hombre y del ciudadano**. Disponible en Internet en: <http://www.campus.oie.es> (con acceso el 20-04-04)
- CORTINA, Adela (1999). Entrevista en el Abc de Madrid. Disponible en: <http://www.el-principe.com/univer/biblio/diccionario/icortina.shtml>. Con acceso el 14-12-04
- CORTINA, Adela (2004). **El capital ético: La riqueza de los pueblos**. Disponible en www.barcelona2004.org/esp/. (Con acceso el 14-12-04)
- DUPLÁ, Javier (2004). **Las escuelas como organizaciones inteligentes**. En revista SIC. Centro Gumilla. Caracas. 130-132 pp.
- ETKIN, Jorge (2002). **El potencial ético de las organizaciones**. En: www.iadb.org.ética. Con acceso el 30-09-04
- GARDNER, Howard (1943) **Inteligencias múltiples** En: www.infoamerica.org/teoria/gardner3.htm
- GOLEMAN, Daniel. (1996). **La inteligencia Emocional**. Javier Vergara Editor. Buenos Aires.
- GOLEMAN, Daniel (1998). **La inteligencia ética en la empresa**. Editorial Planeta. Madrid.
- GUÉDEZ, Víctor (2002). **Retos éticos de nuestro tiempo**. En: www.unimet.edu.ve (Con acceso 14-12-04).
- HURTADO y TORO (1998). **Paradigmas y métodos de investigación**. Episteme Consultores Asociados C.A. Valencia.

MARINA, Antonio (2001). Entrevista en El Mundo. Disponible en: www.elmundo.es/ (Con acceso el 12-12-04).

MATURANA, Humberto (2004) ¿Qué queremos de la educación? Disponible en: www.sabernetcl (Con acceso el 11-11-04).

MIRES, Fernando (1996). **La revolución que nadie soñó, o la otra posmodernidad**. Editorial Nueva Sociedad. Caracas.

MORÍN, Edgar (1988). **Introducción al pensamiento complejo**. Disponible en: www.cibereconomia.iespana.es

MORÍN, Edgar (2000). **Los siete saberes necesarios para la educación del futuro**. Ediciones FACES/UCV. Caracas.

SCHVARSTEIN, Leonardo (2002). **La inteligencia social de las organizaciones**. En: www.alianzas.org (Con acceso el 11-11-04).

SEN, Amartya (2004). **Capital Humano y Capacidad Humana**. Disponible en: www.red-vertice.com/fep.

TOURAINÉ, Alain (1995). **Crítica a la Modernidad**. Editorial Fondo de Cultura Económica. México.
